

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ
Y
SOR FRANCISCA DE LA CONCEPCION
“SIMPATIAS Y DIFERENCIAS”

Por: Dario Achury Valenzuela

Tal era la admiración que sor Francisca Josefa de Castillo sentía por sor Juana Inés de la Cruz, su hermana mayor en versos y en deliquios, que no pudo resistir a la tentación de copiar en un cuaderno de cuentas —que había sido propiedad de un cuñado suyo— algunas rimas y endechas de la monja mexicana, sin imaginarse aquella que por haberlas trasladado sin indicar el nombre de su autora, la posteridad colombiana habría de atribuírselas, ocasionando con ello un venial litigio, jurisperitamente decidido, a vuelta de un siglo, por un paisano de sor Juana, el ilustre polígrafo doctor Alfonso Méndez Plancarte.

Por allá en el año de 1703, leería posiblemente sor Francisca las obras completas de sor Juana, cuya edición se inició en Madrid, en 1689, y se dio por concluída con la publicación del tercer tomo, allí mismo, en 1700. Años demorarían en llegar al Nuevo Reino los libros de la monja jerónima, como los demás que procedían de la Casa de Contratación de Sevilla. Solo hasta entonces comenzaría sor Francisca a deleitarse en su lectura, y como quien se los prestó le apresuraría a que se los devolviese sin demora, ella no lo hizo sin antes copiar de ellos lo que más le había gustado.

El 12 de noviembre de 1651 vino al mundo Juana Inés de Asbaje y Ramírez, quien al profesar de monja jerónima habría de llamarse Juana Inés de la Cruz. Nació en la alquería de San Miguel Nepantla, jurisdicción de Amescameca, un luminoso valle rumoroso que se extiende entre los torrentes de Yacapixtla y el pueblo de Ozumba. Un paisaje alegre presidió el nacimiento de Juana, y luminosa y alegre habría de ser su vida. Nació Francisca en una villa colonial austera y neblinosa, y tal habría de ser su vida. Juana fue la menor de una familia de tres hijos (dos hembras y un varón) y Francisca lo fue asimismo en una familia de 4 hijos (tres hembras y un varón).

Los primeros maestros de Juana fueron —como los de Francisca en su valle de Tunja— los árboles, el agua, las flores, las montañas. Los altos montes de su cadencioso valle de Nepantla: el Xochith, el Coatépl, el Mirador, la Mesa, el Iztaccihualt y el Popocatépetl. Los

altos cielos estrellados que cubren las altas tierras del Anahuac iniciaron a Juana en el delecto de los secretos astronómicos. Traspone un día las montañas del noroeste de su valle, llega Juana a México, ciudad virreinal. No cumplidos los siete años le ruega a su madre, que trocando sus galas femeninas por los arrees varoniles, la envíe a cursar en la Universidad; pero doña Isabel Ramírez de Santillana elude con disculpas el antojo filial. A los ocho años, la hija del Capitán Pedro Manuel de Asbaje y Vargas Machuca, traspone el umbral de la poesía, rimando una **Loa eucarística**; y a poco, su primer maestro, el bachiller Martín de Olivas, le da lecciones de gramática y latín. Veinte lecciones le bastarían a Juana para familiarizarse con algunos autores de selecta latinidad. Nadie le enseñó a Francisca la lengua del Lacio, pero se le dio —y es ella misma quien lo asegura y lo demuestra— el don de entender la letra de los Salmos y de la Vulgata latina en general. A los 13 años de edad, el virrey de México, el discreto y bondadoso Marqués de Mancera, le abre a Juana las puertas de su palacio. La Marquesa acoge con afecto singular a esta niña precoz. Entre los 13 y los 17 años, Juana participa en las fiestas de la casa virreinal. Su vida entonces discurre en un ambiente de alegres saraos, de requiebros y galanteos amorosos. Francisca no tiene válidos poderosos ni es Tunja el ambiente propicio para esta clase de esparcimientos, pero sí supo también de melindres y enamorados escarceos, y dio en la flor de acicalarse y lucir vanidades.

A los 17 años, en 1668, el virrey Mancera convocó una docta asamblea de sabios de la Universidad de México: teólogos, escriturarios, filósofos, matemáticos, letrados, poetas y humanistas para que Juana, rapaza aún, dirimiera con ellos, graves y sesudos varones, las incruentadas contiendas de Minerva. Juana sale airosa del desigual certamen, sacando de él ilesa su natural modestia. Pero antes, en 1667, cuando cumple los 16 años, Juana decide ingresar al convento de San José de las Carmelitas Descalzas. Los virreyes, con solemne fausto, la acompañaron al claustro. Pero precaria fue su permanencia allí, por motivos de salud. Al cabo de tres meses retorna al mundo. Dos años después, teniendo 18 años, siente nuevamente deseos de abandonar el mundo. Como Santa Teresa de Jesús y como sor Francisca Josefa de la Concepción, Juana confiesa no haber nacido para casada. Algunos desengaños la deciden a trocar las locuras del siglo por la toca monjil. Consulta el caso con el confesor de toda su vida, el P. Antonio Núñez de Miranda, y profesa el 24 de febrero de 1669, es decir dos años escasos antes de que viniera al mundo Francisca Josefa de Castillo.

Discreta, afable, sencilla, sabia y amena conversadora, Juana no tardó en ganarse el afecto, aún más, el cariño de las monjas y novicias de su Convento. Francisca no corrió igual suerte: desde el primer momento, el monjío de Santa Clara le declaró, sin disimulos, su aversión, aversión que habría de durar toda su vida. Durante nueve años, Juana ejerció el cargo de contadora del claustro; dos veces fue elegida abadesa y en ambas se negó a aceptar la prelación. A tantos honores prefirió el muy modesto, pero más eficaz, de clasificar y poner en orden el archivo conventual. Francisca ejerció, durante su vida de clausura, todos los cargos que ofrece la burocracia monacal, desde el de criada y tornera hasta el de abadesa, cargo que desempeñó en tres diferentes ocasiones —1715, 1719, 1738— a pesar de no disponer de un electorado ciertamente adicto a su persona.

La vida conventual discurría de muy distinta manera en el Convento de San Jerónimo, en México, que en el Convento Real de Santa Clara de Tunja. Era el primero una amplia casa de campo, al sur de la ciudad vicerreinal, y se le consideraba no sólo como un centro de piedad y oración, sino también como albergue de cultura, a donde concurría lo más selecto de la sociedad mexicana en busca de paz y prudente sabiduría. El claustro de Tunja era sombrío, y si allí acudían

las gentes del mundo, no era para entregarse a los serenos coloquios de Minerva, sino para dirimir rencillas, para llevar la posta de los chismes de la villa y para entrometer a los seglares en los comicios abaciales.

La celda de Juana, como la de sor Francisca, daba sobre un jardín, a donde acudían, a la hora del crepúsculo vespertino, las arrulladoras palomas virgilianas, "objetos de su cariño". A la celda de Juana acudían nobles y villanos, en busca de consejo y de sano esparcimiento. A la celda de Francisca no llegaban sino novicias y monjas airadas, a apostrofarla, y cuando no, el maligno a atormentarla. Además, Francisca ignoraba las reglas del trato social, como ella misma lo confiesa: "Yo me hallaba del todo ignorante ni aún del estilo de hablar con los seglares sabía; porque, sacado de mis confesores, para buscar remedios a mis aflicciones, y mis hermanos, yo no había tratado desde que me entré monja, otras personas". Sor Juana escribía en su celda villancicos, comedias, versos, novenas, letanías, autos sacramentales y sor Francisca escribía en la suya el relato de su vida y sus sentimientos espirituales; pero ambas escribían contra su voluntad y como forzadas. En su famosa carta a sor Filotea de la Cruz —seudónimo éste bajo el cual se encubrió el obispo don Manuel Fernández de Santa Cruz, de Puebla de los Angeles—, dice sor Juana, al respecto: "Y a la verdad, yo nunca he escrito sino violentada y forzada, y solo por dar gusto a otros, no solo sin complacencia, sino con positiva repugnancia". Otro tanto hubiera podido decir sor Francisca Josefa de Castillo.

Era tanta la facilidad de sor Juana para versificar, que dormida hacía versos, así como Teresa de Jesús y sor Francisca oraban durmiendo.

Sor Juana, cuando el amor mundano golpeó en su puerta, antes de ingresar al claustro, sintió celos, como los sintiera sor Francisca en cierta ocasión en que una monja le refirió que un su confesor —que lo era también de aquella— le había enviado, envueltas en unos olanes, algunas golosinas. He aquí como describió sor Juana el torcedor de los celos, octavilla que bien hubiera podido suscribir nuestra clarisa tunjana:

**"Amor empieza por desasosiego,
solicitud, ardores y desvelos;
crece en riesgos lances y recelos;
susténtase de llantos y de ruego;
doctrinanle tibiezas y despego;
conserva el ser, entre engañosos velos,
hasta que, con agravios o con celos,
apaga con sus lágrimas su fuego".**

Tanto Francisca como Juana fueron autodidactas, superando esta a aquella en cuanto a la variedad de sus conocimientos, que comprendían la teología, las matemáticas, la astronomía, la poesía, la pintura y la música. En cuanto a nociones de la ciencia escrituraria, Francisca superaba a Juana, como lo demuestra ampliamente en todo el discurso de su obra, particularmente en los **Afectos Espirituales**. La neogranadina no escribió como la mexicana un tratado para la enseñanza de la música, pero sabía tocar el órgano. Francisca también pintaba, pero sus alcances en este arte eran modestos comparados con los de sor Juana. Esta tenía una biblioteca que alcanzaba a los 4.000 volúmenes a más de aparatos científicos e instrumentos de música; aquella, en cambio, disponía de muy pocos libros, que en su mayoría versaban sobre asuntos padosos. Una prelada le prohibió a Juana que estudiara y leyera. Ella le obedeció humildemente, y durante algún tiempo no tomó libro en sus manos, tiempo breve cierta y afortunadamente, porque "en cuanto a no estudiar absolutamente, como no cae debajo de mi potestad, no lo pude hacer, porque aunque no estudiaba en los libros,

estudiaba en todas las cosas que Dios crió, sirviéndome ellas, de letras, y de libro toda esta máquina universal". Al igual que Santa Teresa de Jesús, sor Juana vióse privada de lecturas, pero, en cambio, el Señor le dio "libro vivo".

Siendo monja, Juana Inés publicó sus versos, a instancias de la Vi-reina de México. Condesa de Paredes. Sor Francisca, en cambio, nunca pensó en editar sus libros; aun más, muchas veces quiso quemar sus manuscritos. Ambas fueron de salud delicada y muchos fueron sus padecimientos físicos y enfermedades, y ambas escribieron contra su voluntad. Lo que dijo Juana al respecto, bien pudiera haberlo dicho también sor Francisca:

**"Que tengo poca salud
y continuos embarazos;
tales que aun diciendo esto,
llevo la pluma frotando".**

Sor Juana escribió villancicos en portugués, en latín, en aljamiada lengua de español y nahoa, y en algunos de ellos imita el dejo y algarabía de los negros. Estos villancicos eran cantados y representados en las catedrales de Antequera, de Puebla y de México. Sor Francisca, que tanto admiraba a la mexicana, la imitó escribiendo algunos, de los cuales solo uno se conserva y es el que aparece bajo el N^o 195 de la segunda parte de sus **Afectos Espirituales**.

Sor Juana en su célebre carta al obispo de Puebla pidió que le fueran reconocidos a la mujer la misma libertad y demás derechos que los hombres se abrogan con arrogante exclusividad, en orden a tener expeditos los caminos de la cultura. En sus villancicos dio también muestras elocuentes de su arraigada conciencia social, poniendo en boca de los negros la perentoria exigencia de un trato humano, racional e igualitario. Sor Francisca, en cambio, nunca demuestra interés por estos problemas y en herencia recibió el legado de numerosos esclavos herrados.

Sor Juana Inés, al igual que sor Francisca, castigó el "jumentillo del cuerpo" con rudas penitencias y torturantes cilicios. Una y otra fueron amonestadas por sus confesores para que moderasen la práctica excesiva de tales rigores, como perniciosa a su salud.

Sor Juana no corregía ni limaba lo escrito. Sor Francisca en ocasiones trasladaba sus afectos, retocándolos, introduciéndoles variantes de forma, o bien suprimiendo todo aquello que constituía referencia a hechos reales o inmediatos para limpiar sus deliquios espirituales de toda humana escoria. En su carta a sor Filotea, sor Juana manipula diestramente el escalpelo del autopsicoanálisis como lo hace también, pero solo en ocasiones, sor Francisca en algunos pasajes de sus sentimientos espirituales y del libro de su vida.

Tanto la monja clarisa neogranadina como la monja jerónima mexicana practicaron la virtud de la humildad. Constantemente contrapusieron al éxito y la fama, sus defectos, debilidades y flaquezas. En un todo se conformaron al consejo de San Pablo, según el cual nunca debemos gloriarnos de lo que hemos recibido, secundado por el de San Agustín: "No hay que dar crédito ni al que alaba, ni al que vitupera".

Si rigurosos fueron los confesores de sor Francisca, no lo fue menos el de sor Juana Inés de la Cruz, el P. Antonio Núñez de Miranda, su confesor de casi toda la vida; y tan inflexible con su hija espiritual, que algo o mucho tuvo que ver en las dos protestas de fe que esta hizo en sus postrimerías, rubricándolas con su propia sangre.

Generalmente bienquista de sus hermanas en religión, sor Juana no dejó de tener émulos que envidiaran su hermosura y su talento, como siempre las tuvo sor Francisca. En un villancico a Santa Catali-

na, su patrona, Juana deja traslucir algo de tal malquerencia, villanico que muy bien hubiera podido escribir sor Francisca:

**“Contra una tierna rosa,
mil cierzos se conjuran!
Oh, qué envidiada vive,
con ser breve, la edad de la hermosura!
Porque es bella, la envidian;
porque es docta la emulan;
oh, qué antiguo en el mundo
es regular los méritos por culpas!”.**

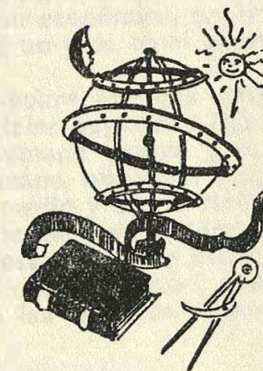
A buen tiempo debió conocer las obras de sor Juana Inés de la Cruz, nuestro poeta colonial, Gobernador y Capitán General de la Provincia de Neiva, don Francisco Alvarez de Velasco y Zorrilla. A sus manos llegaron quizás los dos primeros volúmenes de las obras completas de la monja mexicana, allá por el año de 1693, cuando él no había publicado aún su nada ordenado y si muy abultado infolio poético intitulado **Rhytmica Sacra, Moral y Laudatoria**, acaso editado en 1703, una de cuyas muchas partes dedicó a sor Juana Inés de la Cruz en forma de dos laberintos o caligramas poéticos y de unas endechas reales, en las cuales el vate Alvarez de Velasco vertió hiperbólicas laudes, y con éstas, todo el torrente de su caudalosa admiración. Inicia éste sus endechas endecasilabas en honor de sor Juana, así:

**“Paisanita querida,
no te piques ni te alteres,
que también son paisanos
los ángeles divinos y los duendes”.**

No contestó sor Juana a este su remoto admirador como tampoco replicó a muchos otros poetas de las colonias americanas que constantemente le expresaron su admiración en sonetos, letrillas, octavas, décimas y romancillos laudatorios. Su innata modestia se lo vedaba. Pensando acaso en nuestro efusivo poeta Alvarez de Velasco y en sus demás admiradores, sor Juana, sintiendo ya próxima su muerte, escribió un poema, que no alcanzó a concluir, en el cual les agradece sus exaltados encomios a la par que dice no ser merecedora de ellos.

Las endechas reales a sor Juana escritas, por Alvarez de Velasco y Zorrilla fueron publicadas por don Manuel del Socorro Rodríguez en su **Papel Periódico**. Comparó aquel a la ilustre monja jerónima con la monja sajona Roswitha, auténtica representante poética del reinado de Otón el grande y autora de notables obras hagiográficas y de dramas escritos en latín, que la crítica ha considerado como precursores del teatro moderno. Nació alrededor de 935.

Finalmente, muere sor Juana a los 44 años de edad, víctima de la peste, contraída al asistir a sus hermanas en religión, el 17 de abril de 1695, cuando sor Francisca cumple siete meses de haber hecho sus votos de profesión monástica y frisaba en los 24 años de edad.



SOCIOLOGIA